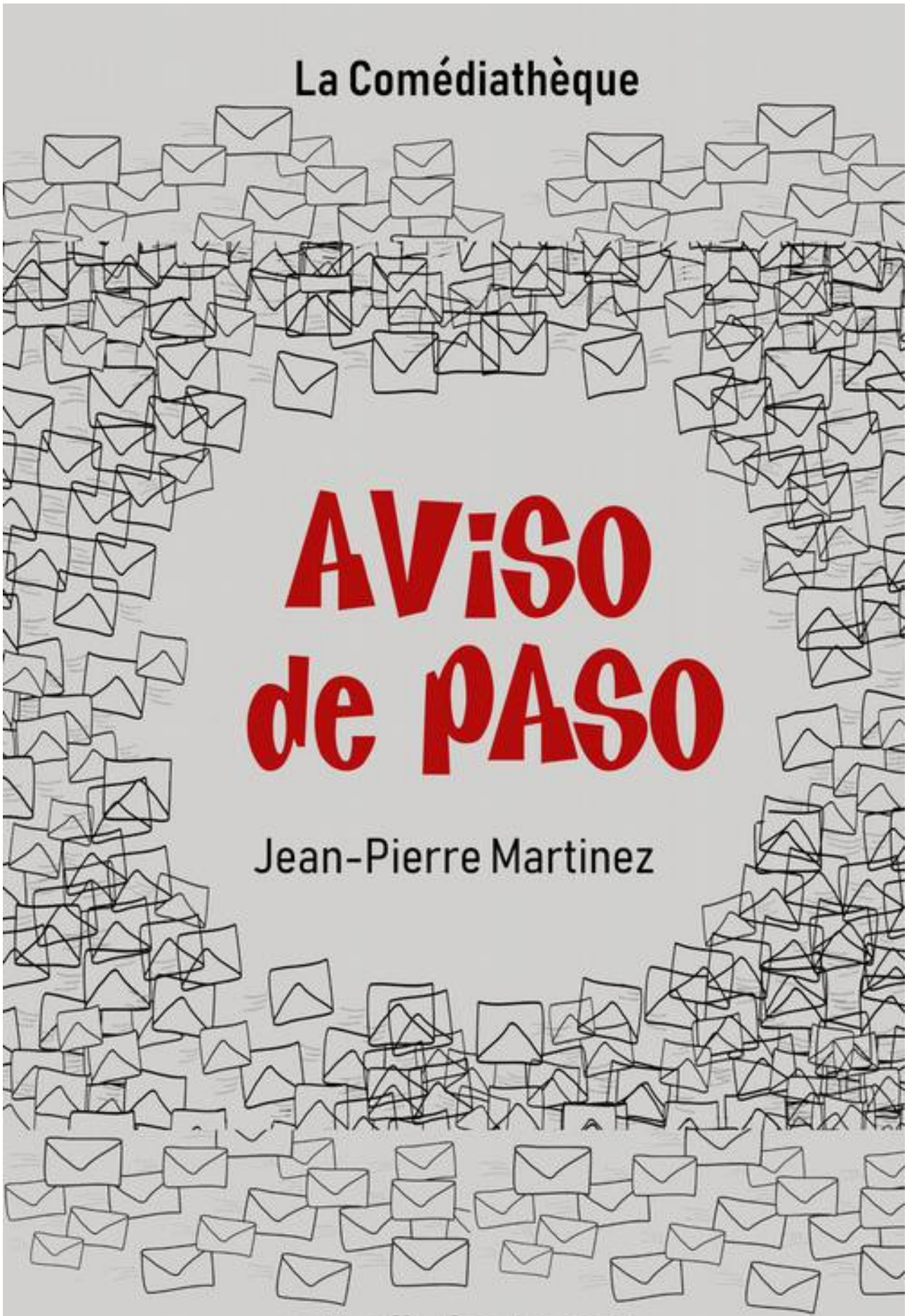
La Comédiathèque



AVISO de PASO

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Aviso de paso

Jean-Pierre Martinez

En el vestíbulo de un edificio, entre los buzones y el teclado de acceso,
se cruzan personajes insólitos que no siempre consiguen entenderse…

1. Código de acceso....3
2. Cartas de insultos....7
3. Trastos viejos....9
4. Carta muerta....12
5. Diabólico....15
6. Paquete bomba....18
7. Dirección equivocada....21
8. Invitación....24
9. Carta de amor....28
10. El intruso....30
11. Don por don....32
12. Aviso de paso....36

29 personajes:
Reparto muy flexible en número y género:
cada intérprete puede asumir varios papeles
y la mayoría de los personajes pueden ser hombres o mujeres.

© La Comédiathèque

1. Código de acceso

Una mujer entra en el vestíbulo y se detiene, desconcertada, ante el teclado que abre la puerta de la escalera. Llega un hombre y se dispone a marcar el código.

Mujer – Disculpe… ¿Puedo pasar con usted? Es que no tengo el código…

Hombre – Eh… Sí… Bueno… ¿Dice que no sabe el código?

Mujer – Sí… Eso es lo que acabo de decir, ¿no?

Hombre – A ver… En principio, para entrar aquí hay que saber el código. Esa es precisamente la idea…

Mujer – ¿El principio?

Hombre – Los que saben el código pueden entrar; los demás, no. Si no, ¿para qué sirve?

Mujer – Ah, entiendo…

Hombre – Pues sí…

Mujer – ¿Entonces no quiere dejarme entrar?

Hombre – Pues no…

Mujer – ¿Me toma por una ladrona, es eso?

Hombre – No sé… Si viviera aquí, ¿cómo es que no sabe el código?

Mujer – ¡Podrían haber cambiado el código sin avisarme!

Hombre – El código no ha cambiado en veinte años.

Mujer – ¡Podría haberlo olvidado!

Hombre – Créame, es imposible olvidarlo. Aquí vive mucha gente mayor, así que elegimos uno muy fácil. Hasta alguien con alzhéimer avanzado olvidaría antes su fecha de nacimiento que este código…

Mujer – ¿1492? ¿1914? ¿1945?

Hombre – ¿1945?

Mujer – ¿El final de la guerra? ¿No le dice nada?

Hombre – Entonces, usted no vive aquí…

Mujer – ¿Y usted? ¿Se acuerda de su fecha de nacimiento?

Hombre – Si no vive aquí, ¿a quién viene a visitar?

Mujer – ¡Pero vamos, eso no es asunto suyo! ¿Es usted policía?

Hombre – No. Pero es mi edificio.

Mujer – ¿Este edificio es suyo?

Hombre – Soy propietario de uno de los pisos. Velo por la seguridad de los vecinos. Y por sus bienes.

Mujer – Comprendo… Una especie de policía por cuenta propia. Tenga cuidado: las dictaduras suelen acabar mal.

Hombre – Solo dígame qué viene a hacer aquí.

Mujer – Vengo a asesinar a alguien, ¿le parece bien?

Hombre – ¿En qué piso?

Mujer – ¿Y eso qué cambia?

Hombre – Solo para verificar que no esté mintiendo.

Mujer – La anciana del quinto.

Hombre – En el quinto viven una pareja de hombres y una madre soltera.

Mujer – ¿Una madre soltera? ¿En qué siglo vive usted? ¿En el XIX?

Hombre – Bueno, quería decir una mujer que cría sola a su hijo…

Mujer – Una familia monoparental. Así es como se dice ahora.

Hombre – ¡En el quinto no vive ninguna viejecita! ¡Así que está mintiendo!

Mujer – Por supuesto que miento. Si hubiera venido a asesinar a alguien, ¿realmente cree que le especificaría el piso?

Hombre – Eso no me dice qué viene usted a hacer aquí.

Mujer – La verdad es que no venía con intención de matar a nadie. Pero después de conocerlo, me están entrando unas ganas…

Hombre – Muy bien, puede ironizar todo lo que quiera. Pero mientras no sepa qué viene a hacer aquí, no pienso dejarla entrar.

Mujer – Vale… Vengo a ver a alguien, ¿le parece bien?

Hombre – Ah, sí. ¿Y quién sería?

Mujer – El dentista.

Hombre – ¿Le duelen los dientes?

Mujer – Es más complicado que eso…

Hombre – ¿Y cómo se llama ese dentista? Aquí hay por lo menos tres o cuatro.

Mujer – No conozco su nombre. Quiero decir, su verdadero nombre.

Hombre – Qué conveniente…

Mujer – Precisamente no es nada cómodo. Lo conocí por internet. Solo sé su nombre de usuario.

Hombre – ¿Un seudónimo?

Mujer – Me citó en su casa, pero se olvidó de darme el código.

Hombre – La cita en su casa, pero no le da el código…

Mujer – ¡Se olvidó, le digo!

Hombre – ¿Y por qué no lo llama por teléfono?

Mujer – No tengo su número.

Hombre – Ah, tampoco le dio su número. Aparentemente, es alguien que valora mucho su privacidad… ¿Está usted realmente segura de que la invitó a ir a su casa? Quiero decir, no le dio el código…

Mujer – Me dio la dirección, me dijo que vivía en el tercer piso y que era dentista. Creo que si no quisiera verme…

Hombre – Dentista, en el tercer piso… Entonces esa es la dirección de su consultorio. No su casa.

Mujer – ¿Y qué más da?

Hombre – Eso explica por qué se olvidó de darle el código.

Mujer – ¿Y por qué sería eso?

Hombre – Porque durante el día no hay código.

Mujer – Entonces sí hay un dentista en el tercer piso.

Hombre – Sí.

Mujer – Entonces usted ve que no estoy mintiendo.

Hombre – Además, está escrito en la placa de la entrada.

Mujer – ¿Qué placa?

Hombre – La placa que está afuera, en la entrada de este edificio.

Mujer – De acuerdo… Entonces, ¿aún no quiere dejarme entrar?

Hombre – Depende… ¿Cuál es su seudónimo?

Mujer – ¿Perdón?

Hombre – Dijo que solo conoce a este dentista por su seudónimo. Imagino que él también la conoce solo por un nombre en clave.

Mujer – ¿Y por qué le daría mi seudónimo? Es muy personal, ¿no? Más personal que el código de entrada a un edificio, al menos…

Hombre – Digamos que es un intercambio justo.

Mujer – Alex343.

Hombre – ¿Alex343?

Mujer – ¿Qué? ¿Tampoco le gusta?

Hombre – No, no… Alex343 es un nombre precioso. *(Cambia de tono.)* Sobre todo para una persona tan guapa… Me dan ganas de conocer a los otros 342 Alex.

Mujer – ¿Ahora intenta ligar conmigo? ¡Qué cara tiene!

Hombre – Hemos empezado con mal pie, pero permítame presentarme: Domi459.

Mujer – ¿Domi459? ¿Entonces es usted?

Hombre – Espero que no se decepcione demasiado…

Mujer – No, no, pero… No lo imaginaba así…

Hombre – Disculpe por el código, pero como durante el día no hay…

Mujer – Claro.

Hombre – Es que nunca se sabe con quién se trata.

Mujer – Tiene razón. Nunca se es demasiado prudente.

Hombre – ¿Ha encontrado el sitio sin problemas?

Mujer – Sí, sí… Hasta que llegué a esta puerta, al menos…

Él le muestra la puerta.

Hombre – Pase, pase, por favor…

Mujer – Eh…

Hombre – Ah, claro… Usted no sabe el código. Voy delante… 1945. Facilísimo de recordar.

Mujer – Sí, es práctico…

Hombre – Pero por cierto, olvidé presentarme… Como solo me conoce por mi seudónimo…

Mujer – Su nombre está en la placa de entrada del edificio.

Hombre – ¡Ah sí, cierto! Y usted, ¿cuál es su nombre real?

Mujer – Si me permite, esperaré conocerlo un poco mejor antes de darle el código de entrada…

Salen.

2. Cartas de insultos

Una mujer llega, abre su buzón y comprueba, decepcionada, que está vacío. Aparece un hombre.

Hombre – ¿Hoy tampoco hay correo?

Mujer – Antes todavía recibía alguna esquela de vez en cuando. Pero cada vez menos. Tengo la impresión de ser la última superviviente de mi generación.

Hombre – Si me muero antes que usted, prometo mandarle una esquela.

Mujer – Es muy amable por su parte. Aun así, bajo todas las mañanas para ver si tengo correo. Así hago un poco de ejercicio.

El hombre abre su buzón que está rebosante de cartas.

Hombre – Le daría un poco del mío, pero casi todo son cartas llenas de insultos.

Mujer – ¿Insultos? Ah, claro… Su mujer lo dejó, ¿verdad?

Hombre – Creo que no soportó muy bien que cambiara de profesión. Pero no es ella quien me envía todas estas cartas, ¿sabe?

Mujer – ¿Ya no es profesor de lengua y literatura?

Hombre – Dejé la enseñanza hace unos meses. Ahora trabajo en una carnicería especializada en carne de caballo.

Mujer – Eso debe ser un cambio.

Hombre – Es más sucio.

Mujer – Ah sí, es una reconversión sorprendente.

Hombre – Desde que era pequeño, siempre quise trabajar con carne. Algunos sueñan con ser bomberos, yo soñaba con ser carnicero.

Mujer – Se necesita de todo para hacer un mundo, ¿verdad?

Hombre – Mis padres eran catedráticos de Filosofía, los dos. Imagine lo que les pareció. Creo que habrían preferido que les dijera que era gay y que quería ser actor. Así que estudié Filología para contentarlos y me casé con una profesora de Latín. Pero al final pudo más la vocación: hice un curso nocturno, conseguí el título, me divorcié por el camino… ¡Y aquí estoy, por fin, de carnicero!

Mujer – La carnicería es una bonita profesión. Pero ¿por qué los caballos?

Hombre – Porque los bueyes y los borregos me recordarían demasiado a mis antiguos alumnos…

Mujer – Lo entiendo… Pero todas estas cartas de insultos, supongo que no son los caballos que se las escriben para quejarse…

Hombre – No tienen nada que ver con mi nuevo oficio. Me las siguen mandando mis antiguos alumnos. Dejé el instituto en junio y todavía no saben que he dimitido.

Mujer – ¿Y usted las lee todas?

Hombre – ¡Ni hablar! Si al menos estuvieran bien escritas… Pero tienen un vocabulario pobrísimo, una sintaxis lamentable y faltas de ortografía por todas partes. A ver, voy a abrir una al azar…

Abre un sobre y lee.

Hombre – «¡Que te den por culo, hijo de puta! Como te pille, te reviento…». Unos auténticos borregos, ya se lo digo.

Mujer – ¿Sabe qué? Ellos no lo merecían…

Hombre – Voy a poner esto directamente en el reciclaje.

Mujer – En ese caso, démelas a mí. Me mantendrán ocupada.

Hombre – Si insiste… *(Le entrega el montón de cartas que ella toma.)* Pero se lo advertí…

Mujer – Si veo alguna que sea más interesante que las demás desde un punto de vista literario, la guardaré aparte para usted.

Hombre – ¡Perfecto! Y yo le guardaré un filete de caballo para la comida. Es muy sano, ya verá: menos grasa que la ternera y mucho hierro.

Mujer – ¿Hierro? Espero que no sea de las herraduras.

Hombre – ¡Las herraduras dan buena suerte! Bueno, que pase un buen día. ¡La carne no puede esperar!

Mujer – Gracias, ¡que tenga un buen día también!

Él se va. Ella mira el montón de cartas.

Mujer – Veamos esto…

También se va mientras lee la primera carta que acaba de abrir.

3. Trastos viejos

El escenario está vacío salvo por un contenedor de basura con ruedas y tapa amarilla. Entra una mujer que arrastra otro igual, de tapa verde. Elegante y con tacones altos, intenta conservar cierta dignidad en la humillante tarea de sacar ella misma la basura. Suena su móvil y contesta.

Mujer 1 – ¿Diga? Ah, ¡hola, Juan! No, no me molestas. Estaba ordenando unos papeles y a punto de darme un baño… ¿Esta noche a las siete y media? ¡Estupendo! Pero ¿estás seguro de que…? ¿Tu última paciente? Perfecto. Entonces quizá nos dé tiempo a tomar algo después y conocernos un poco mejor. O a cenar, si prefieres… Conozco un japonés buenísimo cerca de… Ah, ¿no te gusta el sushi? No, si a mí me encanta también la comida casera… Fenomenal, hasta luego… Sí, tengo la dirección de la consulta. ¿Hay código a partir de las siete? Espera, que lo apunto… Estoy en el cuarto de baño y no llevo nada encima… Quiero decir, nada para escribir.

Ella saca un lápiz, pero al darse cuenta de que no tiene papel, abre la tapa de la basura amarilla. Al encontrarla vacía, deja la tapa abierta y abre la tapa de su propio contenedor, de donde saca al azar un paquete de cereales bajos en calorías.

Mujer 1 – Ya está, dime… Uf, pues sí que es complicado… *(Bromeando.)* ¿No podías poner 1492, 1914 o 1945, como todo el mundo? Ah, ¿es la fecha en que murió tu suegra? Claro, eso es difícil de adivinar para un ladrón… ¿Me lo repites más despacio? Un momento, que me coloco mejor…

Intenta escribir en el cartón con una mano mientras sostiene el móvil con la otra. Por fin apoya el cartón en el borde del contenedor amarillo, cuya tapa ha dejado abierta. El cartón se le cae al suelo y, al intentar recogerlo, deja caer el móvil al fondo del contenedor vacío.

Mujer 1 – Oh, no, no puede ser verdad… *(Dirigiéndose hacia el fondo de la basura)* ¿Diga? ¿Juan? ¿Me oyes? *(Se inclina hacia el fondo de la basura para intentar recuperar el teléfono.)* ¿Diga? Te escucho muy mal…

Finalmente, ella cae dentro del contenedor. Solo sus dos piernas sobresalen, agitándose y emitiendo gritos sofocados. Un hombre llega con un teléfono móvil en la mano.

Hombre – ¿Diga? ¿Diga? ¿Me oyes?

Su mujer aparece detrás de él.

Mujer 2 – ¿Juan? ¿Qué haces aquí?

Juan guarda el móvil inmediatamente. La mujer atrapada en el contenedor recoge las piernas y se queda inmóvil para que no la descubran.

Hombre – Bueno, yo… Venía a recoger el contenedor para subirlo… ¿El peluquero no pudo atenderte finalmente?

Mujer 2 (secamente) – Sí. Acabo de salir.

Hombre – Ah, muy bien…

Mujer 2 – No habrás olvidado que esta noche voy a la despedida de mi jefe, ¿verdad?

Hombre – No, no, tranquila… Aprovecharé para ponerme al día con mi contabilidad en la oficina.

La mujer ve la caja de cereales en el suelo.

Mujer 2 – La gente es muy sucia… *(Recoge el envase para ponerlo de nuevo en el contenedor)* Y tengo la impresión de que los recién llegados son los peores… A propósito, ¿conociste a la nueva vecina?

Hombre – ¿Qué vecina?

Mujer 2 – No me digas que no te has fijado… La de los pechos grandes…

Hombre – Ah, esa…

Mujer 2 – Ves, que sí te acuerdas.

Hombre – Es cierto que es bastante guapa.

Mujer 2 – Yo la encuentro bastante vulgar, pero bueno…

Hombre – ¿Vulgar?

Mujer 2 – Creo que está divorciada…

Hombre – ¿Te lo dijo ella?

Mujer 2 – Una mujer que saca ella misma la basura, obviamente vive sola… Y como es demasiado mayor para ser soltera, concluyo que está divorciada… o viuda.

Hombre – No es tan mayor…

Mujer 2 – Debe tener más o menos mi edad.

Hombre – ¿Ah, sí? No se nota…

Mujer 2 – Cuando saca la basura por la mañana en bata antes de maquillarse, se nota, créeme… Pero oye, parece que realmente te ha impresionado…

Hombre – Has sido tú quien ha sacado el tema. *(Pausa.)* Además, hoy llamó a la consulta para pedir una limpieza dental…

Mujer 2 – ¿Una limpieza dental? ¿Cuándo?

Hombre – Esta noche.

Mujer 2 – Ah, ya veo… Debía de ser una urgencia. ¡Debía de tener sarro hasta en las orejas!

Hombre – Puede que tenga una cita importante…

Mujer 2 – Sí, claro… En fin… Mientras no la traigas a casa… Porque te advierto, soy capaz de cualquier cosa…

Hombre – Traerla a casa… ¿De dónde sacas eso?

Comienzan a alejarse.

Mujer 2 – Bueno, ¿no subes el contenedor?

Hombre – Sí, sí… *(Toma el contenedor con ruedas por el asa y sigue a su esposa.)* Pero cuando dices capaz de cualquier cosa… No te refieres a matar, ¿verdad?

Se escucha el timbre de un teléfono procedente del contenedor.

4. Carta muerta

Una persona (hombre o mujer) entra y recoge el correo de su buzón. Saca varios sobres y los examina por encima.

Inquilino – Factura, impuestos, cuota de socio, factura…

Llega otra persona (hombre o mujer), que trabaja como cartero. Busca un nombre entre los buzones.

Cartero – Disculpe… ¿Le suena el señor Martín?

Inquilino – Sí…

Cartero – No veo su nombre en el buzón. ¿En qué piso vive?

Inquilino – En el séptimo. Pero murió la semana pasada.

Cartero – Vaya… O sea que, en cierto modo, se ha mudado.

Inquilino – Se podría decir eso, sí…

Cartero – No, porque tengo un correo certificado para él…

Inquilino – Ah, sí… Qué mala suerte…

Cartero – Entonces, ¿qué debo hacer?

Inquilino – No lo sé…

Cartero – ¿No dejó una dirección?

Inquilino – Le estoy diciendo que se ha muerto.

Cartero – Ah, sí… Pero, ¿quién va a firmar mi correo certificado entonces?

Inquilino – Eso…

Cartero – Así que no va a volver…

Inquilino – Es poco probable.

Cartero – No me viene bien.

Inquilino – Siempre hay problemas, ¿sabe? Pero no estoy seguro de que haya muerto simplemente para complicarle la vida…

Cartero – Mmm… Entonces, no sé… ¿Y usted no podría firmar en su lugar?

Inquilino – ¿Por qué haría eso?

Cartero – Entre vecinos hay que echarse una mano… Me ahorraría volver.

Inquilino – ¿Volver? ¿Para qué?

Cartero – ¡Para entregarle este correo certificado!

Inquilino – ¡Pero si le estoy diciendo que está muerto! ¡Muerto! La muerte tendrá sus inconvenientes, pero al menos te libra, para siempre, de las cartas certificadas.

Cartero – Lo entiendo.

Inquilino – Siempre puede dejarle un aviso de paso.

Cartero – Bueno, sí…

Inquilino – Además, ¿qué tipo de correo certificado es ese? ¿Aviso de impuestos? ¿Aviso de desalojo? ¿Aviso de cancelación?

El cartero echa un vistazo al sobre.

Cartero – Viene de la Lotería Nacional.

Inquilino – ¿La Lotería Nacional?

Cartero – No puede ser una mala noticia.

Inquilino – ¿De verdad cree que cuando uno está muerto, todavía puede distinguir entre una buena y una mala noticia?

Cartero – Por supuesto… Pero aun así…

El inquilino toma la carta certificada de la mano del cartero.

Inquilino – Déjeme ver… Ah sí, de la Lotería Nacional, vaya…

Cartero – ¿Sabe usted si jugaba a la lotería?

Inquilino – No lo sé… Lo conocía muy poco… Nos encontrábamos de vez en cuando… Tenía un perro…

Cartero – ¿Y qué fue de él?

Inquilino – Ya le he dicho que murió.

Cartero – ¿También se murió el perro?

Inquilino – ¡No, el perro no! ¡El hombre!

Cartero – ¿Y qué ha sido del perro?

Inquilino – Del perro, no lo sé…

Cartero – Es triste, un perro que se queda solo en la vida así… No entiendo a toda esa gente que adopta una mascota y luego la abandona. Tener una mascota es una responsabilidad. La gente no se da cuenta…

Inquilino – ¿Cree usted que ganó el premio mayor?

Cartero – Si es así, no debería tardar en manifestarse. Hay una fecha límite. Si no se reclama el cheque antes, se pierde todo y la suma vuelve a jugarse.

Inquilino – Es cierto, sería una lástima…

Cartero – Entonces, ¿qué hacemos?

Inquilino – ¿Nosotros?

Cartero – Como usted dice, sería una lástima…

Inquilino – De acuerdo, voy a firmar.

Cartero – Así evito tener que volver.

El inquilino firma el recibo que le entrega el cartero, abre febrilmente el sobre y lee.

Cartero – Entonces, ¿qué dice?

Inquilino – Es un finiquito…

Cartero – ¿No es un cheque?

Inquilino – Trabajaba en la Lotería Nacional. Es solo un aviso de fin de contrato.

Cartero – O sea que encima se ha quedado sin trabajo. Qué desgracia… Y con lo difícil que está encontrar empleo.

Inquilino – Especialmente cuando uno está muerto.

Cartero – Y con la crisis además. La deslocalización y todo eso.

Inquilino – Sé cómo es, también estoy desempleado.

Cartero – Claro, qué mala suerte… Y nunca les toca la lotería a quienes más falta les hace, ¿verdad?

Inquilino – No…

Cartero – Leí un artículo ayer en el periódico: «Gana 60 millones en la lotería y sigue viviendo exactamente como antes…» Le voy a decir una cosa: hay personas que no merecen ganar.

Inquilino – Es cierto…

Cartero – Bueno, tengo que seguir con el reparto.

Se dispone a irse. El inquilino sostiene la carta.

Inquilino – ¿Y ahora qué hago yo con esto?

Cartero – Eso depende de usted… Mientras yo tenga firmado el recibo, no me importa.

El cartero se dispone a irse.

Cartero – Pero si fuera usted, les escribiría.

Inquilino – ¿A quién?

Cartero – ¡A la Lotería Nacional! ¡Ahora tienen una vacante!

El cartero se marcha. El inquilino mira el certificado, perplejo.

5. Diabólico

Una persona (hombre o mujer) entra con una caja que pesa visiblemente. Llega otra.

Uno – Eso pesa, ¿eh? ¿Te mudas?

Dos – ¿Se nota tanto?

Coloca la caja sobre otra caja que ya está allí.

Uno – Te ayudaría, pero con mi espalda…

Dos – Gracias de todos modos…

Se sienta sobre las cajas para descansar un momento. El otro saca un paquete de cigarrillos.

Uno – ¿Quieres uno?

Dos – Gracias, ya estoy al borde de la apoplejía…

El otro guarda su paquete.

Uno – Tienes razón, yo también debería dejarlo… Mejor me tomo una pastilla de menta.

Saca una caja de pastillas de menta.

Uno – ¿Quieres una?

El otro hace un gesto negativo.

Dos – Gracias, no. Ya tengo mucha sed.

Uno – He probado de todo, incluso la acupuntura, pero no logro dejarlo por completo.

Dos – Mmm…

Uno – Qué curioso: no te había visto nunca en el edificio… Y justo ahora que te mudas nos conocemos…

Dos – ¿A esto lo llamas conocernos?

El primero sigue sonriendo mientras mastica una pastilla de menta.

Uno – Y bien, ¿adónde te llevas todas esas cajas?

Dos – Al distrito diecinueve.

Uno – ¿Al diecinueve?

Dos – Sí… Al distrito, no al siglo XIX.

Uno – Vaya cambio.

Dos – Bueno, del distrito veinte al diecinueve tampoco hay tanta diferencia.

Uno – Así que ya no volveremos a vernos…

Dos – Te diría que voy a echarte de menos, pero como no nos habíamos cruzado nunca… ¿Llevas mucho tiempo en el edificio?

Uno – Ah, no, yo no vivo aquí.

Dos – Eso explicaría por qué no nos habíamos visto más a menudo…

Uno – Tengo la consulta en el tercer piso.

Dos – Ya veo. El dentista.

Uno – No, ese está al lado. Yo soy el exorcista.

Dos – ¿El exorcista…?

Uno – Claro, no está escrito en la puerta, obviamente.

Dos – Claro.

Uno – Atiendo sobre todo por la tarde. O de noche, es más discreto.

Dos – Seguramente por eso nunca nos hemos encontrado…

Uno – Las personas que vienen a verme no siempre quieren ser reconocidas…

Dos – No estoy seguro de querer cruzarme con tus pacientes por la escalera de noche…

Uno – No crees en los exorcismos.

Dos – ¿Se nota tanto?

Uno – No te culpo, pero estás equivocado.

Dos – Tal vez, sí… ¿Y funciona?

Uno – Mira a tu alrededor… Y, sobre todo, mira a los que mandan. ¿No te parece que hay trabajo de sobra?

Dos – Puede que sí… Lástima que no puedas revelar los nombres de tus clientes.

Uno – Se nota enseguida quién no ha venido a verme. Basta con escuchar sus discursos. Si algunos se hubieran hecho un exorcismo a tiempo, tendríamos dirigentes un poco más normales.

Dos – Puede ser… Y con todos esos poderes sobrenaturales, ¿todavía no has conseguido dejar de fumar?

Uno – No he encontrado todavía la fórmula mágica que me libre de los poderes diabólicos de la nicotina.

Dos – ¡Marlboro, sal de ese cuerpo!

Un momento.

Uno – Y tú, ¿por qué te estás mudando, si puedo preguntar?

Dos – Bueno… Para estar más cerca de mi trabajo, en primer lugar.

Uno – ¿Mudándote del distrito veinte al diecinueve?

Dos – Y también… ¿Cómo decirlo? Porque notaba una presencia diabólica en el piso que ocupaba en la última planta.

Uno – ¿En serio? Deberías haberme hablado de eso antes…

Dos – Desafortunadamente, aún no te conocía.

Uno – Y con presencia diabólica, ¿a qué te refieres exactamente?

Dos – Me refiero sobre todo… a mi mujer.

Uno – Ya veo… Tengo muchos casos como el tuyo…

Dos – Bueno, eso no es todo, pero tendré que seguir adelante. Ya que no quieres ayudarme…

Uno – Podría intentar exorcizar a tu esposa.

Dos – ¿Podrías hacer eso?

Uno – ¿En qué piso está?

Dos – Octavo.

Uno – ¿Has bajado todas esas cajas desde un octavo piso sin ascensor?

Dos – Y todavía tengo muchas más que bajar…

Uno – Ah, claro… Un octavo sin ascensor… Eso sí que es diabólico.

Dos – Sí…

Uno – Lo siento, pero creo que ahí… No puedo hacer nada por ti…

Se aleja, y el otro se queda allí con sus cajas, un poco desconcertado. Decide irse cuando otro personaje (interpretado por quien acaba de irse) con una máscara de carnaval llega. Finge buscar algo, como un nombre en un buzón o una placa profesional.

Tres – Disculpe, ¿el exorcista está en qué piso?

Dos – Tercero. Enfrente del dentista.

Tres – Claro, no hay placa abajo.

Dos – Ni en la puerta.

Tres – Gracias…

La persona disfrazada se marcha. La otra se queda sentada sobre su caja.

Dos – Creo que ya era hora de que me mudara…

6. Paquete bomba

Llega un cartero (hombre o mujer) con un paquete y se cruza con una vecina.

Cartero – Ah, justo tenía un paquete para usted.

Inquilina – Gracias.

El cartero le entrega el paquete.

Cartero – Una pequeña firma…

Inquilina – Por supuesto…

Ocupada, la inquilina le devuelve el paquete al cartero para firmar el recibo que él le entrega.

Inquilina – Disculpe, déjeme devolver esto un segundo.

La inquilina firma el recibo y sonríe.

Inquilina – Espero que no sea un paquete bomba…

El cartero responde en tono de broma.

Cartero – ¡Ja, ja! Pues ahora que lo dice… Parece que algo hace tic-tac ahí dentro.

Inquilina – ¡Ja, ja! Con las cosas que se oyen hoy día… *(Deja de reír de golpe.)* ¿Habla en serio?

El cartero pone su oreja contra el paquete.

Cartero – Pues no se lo va a creer, pero… Sí, parece que suena.

La inquilina parece preocupada de repente. Ella también pone su oreja en el paquete.

Inquilina – Sí, lo escucho también… ¿Cree usted que podría…

El cartero también cambia de tono.

Cartero – ¿Conoce a alguien que tenga motivos para odiarla tanto?

Inquilina – No sé… Excepto mi suegra… Pero todos tenemos enemigos, ¿no?

Cartero – Aun así…

La inquilina vacila.

Inquilina – Ahora no estoy segura de querer llevarlo…

Cartero – ¿Entonces qué hago con esto?

Inquilina – Llévelo de vuelta a la oficina de correos.

Cartero – Pero aún no he terminado mi recorrido… ¿Y si explota en mi cara en el camino? Y además, ya ha firmado usted el recibo…

El cartero tiende el paquete a la vecina, que se niega a cogerlo.

Inquilina – ¿Y si llamamos a la policía?

Cartero – ¿A la policía?

Inquilina – Como cuando aparece un paquete sospechoso en una estación o en un tren.

Cartero – ¿Quiere decir… un equipo de desactivación de bombas?

Inquilina – Ellos sabrán qué hacer…

Cartero – ¿Y si la bomba explota antes de que lleguen?

Inquilina – No lo sé… ¿Y si simplemente arrojamos el paquete a la calle?

Cartero – ¿Y si alguien resulta herido? Puede que niños… Es la hora de salida de la escuela… No podemos hacer eso.

Inquilina – Tiene razón… Solo nos queda prepararnos para morir con dignidad, con el consuelo de que nuestro sacrificio haya salvado algunas vidas inocentes…

Cartero – ¿Nuestro sacrificio? ¿Qué propone exactamente?

Inquilina – ¡Tenemos que actuar y rápido!

La mujer toma el paquete, lo tira al suelo y lo pisotea con todas sus fuerzas.

Cartero – ¿Pero está loca?

Inquilina – No ha explotado…

Cartero – No…

Ambos se inclinan para examinar el paquete.

Cartero – Ah, pues sí… Era un reloj de sobremesa. Pero no veo ninguna bomba…

Inquilina – No, es extraño…

Cartero – Pero pensándolo bien, ¿quién es el remitente?

Inquilina – ¿El remitente?

Cartero – ¡Por lo general, está escrito en el recibo!

Inquilina – Ah, sí…

El cartero mira el recibo.

Cartero – Viene de Suiza… Es curioso…

Inquilina – Sí, probablemente sea el país con menos terroristas en el mundo…

Cartero – Señora Moreno… ¿La conoce?

Inquilina – Es mi suegra.

El cartero busca en los restos del paquete.

Cartero – Mire… ¡Una nota reivindicativa!

Le entrega la hoja a la otra persona, quien la lee.

Inquilina – «Feliz cumpleaños, cariño». Es para el cumpleaños de su hijo.

Cartero – ¿Su hijo?

Inquilina – ¡Mi esposo!

Cartero – Un reloj… Un regalo un poco raro para un cumpleaños, ¿no?

Inquilina – Mi suegro es relojero.

Cartero – ¿Y no le dio ninguna pista el tic-tac?

Ambos contemplan los restos destrozados del paquete.

Cartero – Su esposo estará contento… ¿Cuántos años cumple, por cierto?

Inquilina – Pues yo sigo notando un olor a pólvora, ¿usted no?

Cartero – Yo diría más bien a chocolate…

Inquilina – Ah, sí, mire, también había bombones. *(Toma la caja destrozada y se la ofrece al cartero.)* ¿Quiere uno?

Cartero – ¿Y si están envenenados?

Intercambian una mirada perpleja.

7. Dirección equivocada

Una persona (hombre o mujer) llega, abre su buzón y comprueba, algo triste, que está vacío. Otra persona entra, abre el suyo y saca, sorprendida, un montón de cartas.

Uno – Vaya, hoy tienes correo…

Dos – Sí, no entiendo… Por lo general, aparte de publicidad… Veamos…

Su rostro se oscurece.

Uno – Espero que no sean malas noticias…

Dos – Es el correo del vecino de al lado. El cartero se ha vuelto a equivocar…

Uno – Ah…

Dos – Lo volveré a poner en su buzón.

Uno – Sí…

Dos – Entonces, tampoco tienes…

Uno – No, no hay correo hoy…

El otro se prepara para poner el correo en otro buzón pero deja caer la pila al suelo.

Dos – ¡Maldición!

Uno – Espera, te ayudaré.

Los dos personajes se agachan para recoger los sobres y aprovechan para examinarlos.

Dos – No sabía que estaba suscrito a una revista de buceo…

Uno – Es cierto, estamos bastante lejos del mar…

Dos – Debe hacer buceo en piscina.

Uno – O en su bañera…

Dos – También hay una carta de los bomberos.

Uno – A lo mejor es bombero voluntario.

Dos – O le invitan a la fiesta anual del cuartel…

Risas. Vergüenza.

Dos – ¿No es un poco indiscreto lo que estamos haciendo?

Uno – Sí, un poco… ¿Qué más hay?

Los dos personajes comienzan a examinar los sobres.

Uno – Una postal.

Dos – ¿De dónde viene?

Uno – De las islas Baleares. De Ibiza.

Dos – ¿Qué dice?

Uno – Aun así…

Dos – Eso no cuenta, ¡es una postal! Incluso el cartero pudo leerla…

Uno – «Saludos desde Ibiza, donde pasamos una semana de vacaciones. El paisaje es precioso y hace buen tiempo. Hasta pronto. Besos. Mauricio y Jaime».

Dos – Qué poco original…

Uno – La gente ya no sabe escribir.

Dos – Pero aun así.

Uno – ¿Qué?

Dos – Está firmada por Mauricio y Jaime.

Uno – ¿Compañeros de buceo?

Dos – O amigos bomberos…

Vuelven a examinar el correo.

Dos – Mira, hay una carta con la dirección escrita en tinta rosa…

Uno – Ah, sí…

Dos – Me pregunto quién podría ser…

Uno – Está casado, ¿verdad?

Dos – Separado, creo.

Uno – ¿Hay alguna dirección del remitente al dorso?

La otra persona le da la vuelta al sobre.

Dos – Gerardo…

Uno – ¿Por qué un Gerardo le escribiría con tinta rosa?

Dos – Eso explicaría por qué su esposa lo dejó.

Uno – ¿Cómo saberlo?

Dos – Tengo una manera de averiguarlo…

Abre el sobre.

Uno – ¿En serio?

Dos – Lo siento, no pude resistirme. Un impulso, como dicen los asesinos en serie.

Uno – Bueno, ahora, mejor leerla.

Dos – «Hola, Alberto. Perdona que te escriba con un bolígrafo rosa, pero es el único que tenía a mano. Encima es para darte una triste noticia: la tía Consuelo murió ayer…».

Uno – Un aviso de fallecimiento escrito con tinta rosa… ¿Cómo íbamos a sospecharlo?

Dos – Menuda decepción. Me pregunto si merece la pena seguir mirando.

Uno – Tienes razón. Es un tipo de lo más corriente.

Dos – Completamente transparente.

Uno – Si me lo cruzara por la escalera, creo que ni lo reconocería.

Dos – Vamos a devolver todo esto a su buzón.

Devuelve el correo al buzón de su destinatario y mira su reloj.

Dos – ¡Madre mía, qué tarde! Voy a perderme mi serie.

Uno – Ah, ¿también la ves?

Dos – Afortunadamente, la televisión está ahí para cambiar un poco nuestras mentes…

Salen.

8. Invitación

Una mujer cruza el vestíbulo arrastrando un contenedor con ruedas del que sobresalen unos pies, masculinos o femeninos. Otra mujer entra a recoger el correo y la saluda.

Uno – ¡Buenos días!

Dos – ¡Ah, buenos días! ¿Cómo estás?

La otra nota los pies que sobresalen del contenedor.

Uno – ¿Hoy recogen los trastos viejos? Creía que era la semana que viene.

Dos – Fue una emergencia…

Uno – ¿La gran limpieza de primavera, entonces?

Dos – Sí, se podría decir eso…

Ella mete los pies de nuevo en el contenedor para que no sobresalgan.

Uno – Yo también debería hacerlo cuando tenga tiempo. Acumulamos tantas cosas a lo largo de los años.

Dos – ¿Podrías sujetarme la puerta?

Uno – Claro, no te muevas, que te abro.

Se acerca a la salida para sujetar una puerta que puede quedar fuera de la vista del público.

Dos – ¡Qué amable!

Uno – No hay de qué. ¡Que tengas buen día!

Dos – ¡Gracias! Igualmente.

La otra sale con su contenedor de basura.

Entra otra mujer a recoger su correo.

Uno – ¡Buenos días! Encantada de conocerte. Soy tu vecina de planta. Te vi de lejos cuando te mudabas…

Tres – Hiciste bien. En estas situaciones, mejor guardar las distancias. Es broma…

Uno – Estoy encantada de… Bueno, solo quería decirte… ¡Bienvenida al edificio!

Tres – Gracias, es muy amable por tu parte.

Uno – Entre vecinos…

Tres – Sí…

Uno – Ya verás, los vecinos son muy simpáticos. Y si necesitas cualquier cosa…

Tres – Gracias.

Uno – Tengo que irme… Voy a buscar a mi hija a su clase de violín. ¿Tienes hijos?

Tres – Sí… Bueno, no. Quiero decir que, por suerte, ya me he librado de ellos.

Uno – ¿Que te has librado de ellos…?

Tres – Sí, los metí en el congelador. Así no molestan.

Uno – Ah, sí…

Tres – Estoy bromeando.

Uno – Por supuesto.

Tres – Ya son mayores. Ya no viven en casa.

Uno – Es verdad que dejan un vacío. Al final estás deseando que se marchen y, cuando por fin se van… resulta que los echas de menos.

Tres – Pero tu hija todavía vive contigo, ¿no? Si vas a buscarla a clase de violín…

Uno – Sí, claro… Pero me hago una idea. Te habrá dejado un vacío, ¿verdad?

Tres – Cuando se marchó el pequeño pensé en adoptar un perro, pero al final vino mi suegra a vivir a casa.

Uno – Es verdad, a un perro hay que sacarlo tres veces al día para que haga sus necesidades. Da mucho trabajo.

Tres – Exacto. Una suegra da mucho menos trabajo.

Uno – Sí…

Tres – Además, hay pañales…

Uno – Sí…

Tres – Estoy bromeando…

Uno – Por supuesto… Bueno, me voy a ir ahora… Mi hija me estará esperando…

Tres – Disculpa por no haber sido más habladora. Pero estoy un poco ocupada en este momento. Con esta mudanza…

Uno – Lo entiendo.

Tres – De todos modos, seguramente tendremos la oportunidad de volver a vernos, ya que somos vecinos de planta.

Uno – Por cierto… ¿Por qué no vienes a tomar algo esta tarde?

Tres – Eh… Sí, ¿por qué no?

Uno – ¿A las siete y media?

Tres – De acuerdo. *(Mira el reloj.)* Y ahora me toca correr a mí, que va a llegar mi primer paciente. ¡Hasta luego!

Uno – ¡Perfecto!

La otra se marcha. Entra una cuarta persona.

Uno – ¿Sabes qué? Acabo de encontrarme con nuestra nueva vecina de planta. La invité a venir a tomar el aperitivo esta noche.

Cuatro – ¿La invitaste?

Uno – Sí, ¿por qué?

Cuatro – Yo también me encontré con su esposo esta mañana, ¿sabes qué?

Uno – ¿Qué?

Cuatro – Es inspector de impuestos.

Uno – ¿De Hacienda? ¿Inspecciones fiscales y todo eso?

Cuatro – Sí.

Uno – Pero nosotros no tenemos nada que ocultar, ¿verdad?

Cuatro – Ya, claro… ¿Y las estanterías que me instaló el del quinto sin factura?

Uno – No vienen a inspeccionar la casa…

Cuatro – ¡Es su naturaleza, esos tipos!

Uno – ¿Tú crees?

Cuatro – Y luego está que tendremos que medir cada palabra delante de ellos.

Uno – ¿Y qué podríamos decir? Aparte de lo de tus estanterías…

Cuatro – Imagínate que acabamos discutiendo con ellos.

Uno – ¿Por qué íbamos a discutir si ni siquiera los conocemos?

Cuatro – ¡Justo eso! No sabemos qué puede ofenderlos. No conocemos sus opiniones religiosas o políticas.

Uno – Es un poco la idea cuando invitas a alguien para conocerlo, ¿no?

Cuatro – Sí, pero como digamos algo que no le guste, puede plantarnos una inspección de Hacienda. Y cuando estos se ponen a investigar, algo encuentran…

Uno – ¡Dios mío, tienes razón…! ¿Por qué la invité? Tal vez podríamos cancelar…

Cuatro – Cancelar ahora les parecería sospechoso. ¡Sería peor! O creerían que no queremos verlos…

Uno – Tienes razón… ¿Entonces qué hacemos?

Cuatro – En qué lío nos has metido de nuevo…

Uno – Y ella, ni siquiera sé a qué se dedica. Se me olvidó por completo preguntarle… De todas formas, parece un poco perturbada…

Cuatro – Es psicoanalista.

Uno – ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo contó su marido?

Cuatro – La vi colocar la placa en la entrada del edificio esta mañana.

Uno – ¿Psicoanalista? Entonces por eso me hizo un montón de preguntas…

Cuatro – ¿Qué tipo de preguntas?

Uno – Pues… sobre las clases de violín, por ejemplo.

Cuatro – ¿Las clases de violín?

Uno – ¿Crees que tiene algún significado especial para un psicoanalista, las clases de violín?

Cuatro – Para Hacienda, seguro, sobre todo si las pagas en negro…

Uno – ¡Pero eso es espantoso!

Cuatro – Pero imagínate el calvario de esta reunión. ¡Entre un inspector de impuestos y una psicoanalista!

Uno – Tienes razón, tendremos que tener cuidado con lo que decimos…

Cuatro – Intentaremos decir lo menos posible.

Uno – Sí…

Cuatro – Pero no será fácil.

Uno – No, seguro… Cuando se invita a la gente a tomar el aperitivo para conocernos…

Momento de vacilación.

Cuatro – ¿Hoy recogen los trastos viejos?

Uno – Será la próxima semana… Por cierto, también me crucé con la vecina del quinto que bajaba su basura, ¿sabes qué?

Cuatro – No me digas que la invitaste a tomar el aperitivo también…

Uno – No. Pero juraría que vi unos pies humanos asomando del contenedor.

Cuatro – ¿No crees que tenemos problemas más urgentes que tratar?

Uno – Tienes razón… ¿Y si echamos algo en sus copas? Un somnífero, por ejemplo… Para que la velada termine pronto.

Cuatro – ¿Tú crees?

Salen.

9. Carta de amor

Llega un cartero buscando en los buzones un nombre que no encuentra. Se acerca una vecina.

Cartero – Disculpe, ¿conoce a alguna señorita López?

Inquilina – ¿López? No… Bueno, sí. Era mi apellido de soltera. Pero llevo veinte años casada y ya nadie me llama así.

Cartero – Sin embargo, esta es la dirección correcta…

Inquilina – Déjeme ver…

El cartero le entrega el sobre.

Inquilina – Qué raro… Parece un sello antiguo, de colección. Y el matasellos es de hace casi treinta años.

El cartero mira el sobre.

Cartero – Ah sí, vaya… Es increíble.

Inquilina – ¿Qué podría ser?

Cartero – Ábralo, ya que es para usted.

Inquilina – ¿Usted cree?

Cartero – Señorita López, ¿es usted, verdad?

Inquilina – Sí… Bueno, lo era…

La mujer abre la carta y empieza a leer.

Cartero – ¿Y bien?

Inquilina – Es una carta de mi novio de entonces… Mi primer amor.

Cartero – Entonces, ¿qué dice? Si no es indiscreción, por supuesto…

Inquilina – Me explica por qué faltó a nuestra última cita: se rompió una pierna y estaba ingresado en el hospital…

Cartero – Son cosas que pasan, se lo digo por experiencia… ¡Vaya, señorita López!

Inquilina – Y yo que creía que me había plantado…

Cartero – Es cierto que en aquellos tiempos no había internet. Ni siquiera había teléfonos móviles. ¿Y qué más dice?

Inquilina – Dice que me ama… ¿Se da cuenta? Si lo hubiera sabido…

Cartero – ¡Increíble! ¡Treinta años para entregar una carta!

Inquilina – Sí, y no es para felicitar a Correos.

Cartero – ¿Perdón?

Inquilina – ¡Si esta carta me hubiera llegado a tiempo, mi vida podría haber sido muy diferente!

Cartero – Sí, claro, pero…

Inquilina – Quería mucho a ese chico… Estoy segura de que debe haberse convertido en alguien importante en la vida…

Cartero – Tal vez, pero…

Inquilina – ¿Sabía que podría presentar una queja contra usted?

Cartero – ¿Contra mí?

Inquilina – ¡Contra el servicio de Correos!

Cartero – Es el destino, ¿no?

Inquilina – En cualquier caso, me gustaría saber qué ha sido de él…

Cartero – ¿Cómo se llamaba?

Inquilina – Está escrito en la parte posterior del sobre, ¿no?

El cartero mira.

Cartero – ¡No! ¡No puede ser!

Inquilina – ¿Qué?

Cartero – ¡Pero fui yo quien le envió esta carta! ¡No me acordaba en absoluto!

Inquilina – ¿Usted? ¿Está seguro?

Cartero – ¡Absolutamente! Ese es mi nombre y esa es la dirección de mis padres. Donde vivía por aquel entonces…

Inquilina – No le habría reconocido en absoluto, vaya…

Cartero – Han pasado treinta años… Tu nombre de pila no lo había olvidado, claro, pero tu apellido…

Inquilina – Así que se hizo cartero.

Cartero – Sí… Me deprimí tanto al no recibir tu respuesta… Ahora que lo pienso, creo que me hice cartero por eso. Para llevarles a los demás las respuestas que yo nunca recibí.

Inquilina – Y su pierna, ¿está mejor?

Cartero – Podemos tutearnos, ¿no?

Inquilina – Verá… Es que tengo un poco de prisa. Mi marido me espera fuera, en el coche.

Cartero – Por supuesto…

La observa alejarse casi corriendo.

Cartero – Señorita López…

10. El intruso

Entra un hombre, duda un instante y se sienta en el suelo junto a los buzones. Empieza a dormitar. Una vecina lo descubre.

Inquilina – Venga, amigo, despierte. Ya veo que está cansado, pero aquí no puede quedarse.

El hombre se despierta.

Hombre – ¿Y por qué no?

Inquilina – Porque esto es el portal de una casa, no un albergue. ¿No tiene adónde ir?

Hombre – No… Ahora mismo no tengo domicilio fijo.

Inquilina – ¡Pues con más razón! Si no tiene domicilio fijo, ¿por qué quiere fijarlo precisamente aquí?

Hombre – Tiene razón…

El tipo se levanta.

Inquilina – Gracias por comprenderlo. Pero ¿sabe una cosa? En el fondo, le tengo envidia.

Hombre – ¿En serio?

Inquilina – A veces a mí también me gustaría no tener casa. No verme obligada a volver todas las noches y encontrarme a la misma persona esperándome.

Hombre – En ese caso, ¿no podría acogerme una noche? Así tendría un poco de distracción…

Inquilina – ¿En mi casa?

Hombre – Hace tanto frío afuera.

Inquilina – Ya lo sé. Esta mañana me puse hasta ropa interior térmica y, aun así, me he pasado el día helada en la oficina.

Hombre – Si paso la noche fuera, no sé si mañana llegaré a despertarme.

Inquilina – ¿No estará exagerando un poquito?

Hombre – ¿Quiere cargar con mi muerte sobre su conciencia?

La inquilina duda y luego saca un billete de su bolsillo.

Inquilina – Bueno, hoy es su día de suerte. Tome, para que vaya a un hotel.

Hombre – ¿Diez euros? ¿Dónde quiere que encuentre una habitación por diez euros?

Inquilina – Bueno, treinta. ¡Y márchese de una vez! Encontrará alguna pensión barata. Tampoco querrá un hotel de lujo, ¿no?

Hombre – Vale. Muchas gracias, excelencia.

Inquilina – Y si no lo admiten en ningún sitio, al menos podrá comprarse unas botellas de vino para entrar en calor.

Hombre – Me está salvando la vida. Que Dios se lo pague…

Una mujer llega.

Mujer – Pero ¿qué haces aquí?

Hombre – No sabía el código y he perdido tu número de móvil. Como sabía que vendrías pronto… Pero esta señora me acaba de ofrecer muy amablemente esperar en su casa.

Mujer – Muchísimas gracias. Es muy amable por su parte.

La vecina encaja la sorpresa, pero procura disimular.

Inquilina – No hay de qué. Para eso estamos los vecinos…

Mujer – Le presento a mi hermano. Está pasando unos días en casa antes de irse al extranjero a rodar una película. Es actor.

Inquilina – Encantada de conocerlo.

Hombre – Los cómicos nunca hemos gozado de muy buena fama. En la Edad Media nos consideraban ladrones de gallinas y ni siquiera nos querían enterrar en los cementerios junto a los buenos cristianos.

Mujer – Menos mal que ya no estamos en la Edad Media… No debería decirlo delante de él, pero es un actor estupendo. Ya verá: llegará muy lejos.

Inquilina – No lo dudo…

Hombre – No aburras a la señora con eso. Seguro que está deseando volver a casa con su marido.

Inquilina – Bueno, entonces los dejo.

Hombre – Gracias de nuevo.

Inquilina – De nada.

Hombre – Muy simpática, ¿verdad?

Mujer – Sí, parece que hay muy buen ambiente en este edificio.

Salen.

11. Don por don

Llega una persona. Otra aparece detrás y, al verla abatida, se acerca con preocupación.

Uno – ¿Estás bien?

Dos – Acabo de enterrar a mi padre.

Uno – ¿Enterrarlo?

Dos – Bueno, no lo he hecho yo. He contratado a unos especialistas. Parece que no dejan hacerlo de otra forma. Y no sale barato.

Uno – Ah, ya…

Dos – En fin, acabo de volver del entierro.

Uno – Lo siento mucho. Mi más sentido pésame…

Dos – Ahórrate el pésame. Detestaba a mi padre.

Uno – Siempre hay alguna buena razón para odiar al padre de uno.

Dos – ¿Sabes qué encuentro realmente insoportable en los entierros?

Uno – ¿Qué?

Dos – Toda esa gente que ni siquiera es de la familia, que no has visto nunca en la vida, y que delante del ataúd se pone a llorar a gritos más que los propios hijos del difunto, como si quisieran echarles en cara que no demuestran suficiente pena.

Uno – Tienes razón. Tendría que haber un orden de precedencia: un máximo de decibelios según el parentesco de cada cual con el difunto.

Dos – Si los herederos directos no consideran necesario llorar ante el ataúd, los demás deberían contenerse también, ¿no?

Uno – Sin embargo, parece que la muerte de tu padre no te deja completamente indiferente…

Dos – En efecto. Su muerte ha sido un golpe terrible para mí.

Uno – A pesar de tus diferencias, entonces no habías roto completamente la relación con él…

Dos – La última vez que lo vi fue en el despacho de un juez.

Uno – ¿Del juez?

Dos – Estaba a punto de ganar la demanda que había interpuesto contra él… Y ahora que está muerto todo se complica.

Uno – Ah, ya veo…

Dos – Temo que el caso se cierre sin más.

Uno – Me lo temo. Pero, si me permites preguntarlo… ¿Por qué lo demandaste?

Dos – En pocas palabras, le reprocho que me trajera al mundo y luego me dejara indefenso ante todas sus miserias.

Uno – ¿Y por qué no hacerle el mismo reproche a tu madre también?

Dos – Nací de madre desconocida.

Uno – ¿De madre desconocida? Vaya… Ni siquiera sabía que eso era materialmente posible. En mi época… Pero es cierto que ahora, con las nuevas tecnologías…

Dos – Nací en un país desconocido, de una madre de alquiler sin papeles, pagada en efectivo, que prefirió permanecer en el anonimato.

Uno – Entonces, ¿le reprochabas a tu padre haberte privado del afecto de una madre…

Dos – ¡Nada de eso!

Uno – Entonces, ¿por qué lo demandaste por haberte traído al mundo? No parece que tengas ninguna malformación…

Dos – ¡Dios me libre!

Uno – Diría incluso que estás bastante bien hecho de tu persona…

Dos – Gracias.

Uno – Entonces, ¿por qué?

Dos – ¿Pero has visto el mundo en el que vivimos?

Uno – Claro… Con tanta guerra, el terrorismo, el hambre, el cambio climático…

Dos – Y los impuestos sobre el patrimonio. Por no hablar del cáncer de próstata.

Uno – Le reprochas a tu padre haberte traído a este valle de lágrimas que es nuestro mundo moderno…

Dos – En realidad, es un poco más complicado que eso…

Uno – Me estás intrigando.

Dos – Antes de morir, mi padre legó buena parte de su fortuna a una fundación que lucha contra el hambre en el mundo.

Uno – Ah, sí, eso… Eso está bien.

Dos – Sí, pero eso reduce mi parte de la herencia en la misma proporción.

Uno – Por supuesto… Pero… es muy generoso de su parte.

Dos – ¡Nada de generoso! ¡Lo hizo para fastidiarme!

Uno – ¿Cómo que para fastidiarte? Todos están en contra del hambre en el mundo, ¿no? No me digas que estás a favor…

Dos – Te digo que lo hizo con la única intención de desheredarme.

Uno – Sí, entiendo, pero… de todos modos… Esto beneficiará a personas que realmente necesitan ese dinero.

Dos – ¡Exactamente! ¡Por eso le he puesto una demanda!

Uno – ¿Perdón?

Dos – Si le hubiese dejado el dinero al fontanero o al inspector de Hacienda, todo el mundo habría visto que quería perjudicarme. Pero así es una jugada mucho más retorcida.

Uno – ¿Retorcida?

Dos – Al desheredarme para luchar contra el hambre en el mundo, él queda como un santo. Y yo, si protesto, como un egoísta: el típico niño de papá que prefiere seguir comiendo caviar a renunciar a su herencia para que los pobres tengan un poco de arroz en el plato.

Uno – Cuando tienen un plato…

Dos – ¡Ah, pero no me dejaré hacer!

Uno – Por supuesto… Quiero decir… Entiendo… Pero podría no ser fácil.

Dos – Ya lo sé…

Uno – Como dijiste, ante los jueces, tendrás el papel del villano…

Dos – Exactamente… Pero sigo confiando… Tengo un buen abogado…

Uno – ¿Y qué harás si finalmente obtienes una victoria?

Dos – ¿Qué quieres que haga? Donaré inmediatamente ese dinero a esa misma fundación.

Uno – ¿Perdón?

Dos – No tengo elección. Si me quedo con todo ese dinero para mí, pareceré un bastardo. Eso es lo que pensarías tú, ¿no?

Uno – Bueno… Sí, obviamente…

Dos – ¿Lo ves? ¡Cuando te digo que mi padre era un auténtico manipulador!

Uno – Eh… Sí… Intento… Pero… ¿estás seguro de que no es un poco complicado todo esto?

Dos – ¿Y por qué sería complicado?

Uno – Si ese dinero finalmente tiene que ir a esa fundación…

Dos – ¡Ah, pero no es lo mismo! En ese caso, ¡seré yo quien done el dinero!

Uno – O sea, que donarás… el dinero de tu padre.

Dos – Si primero lo heredo, será MI dinero. Y habré demostrado que él no lo donó por generosidad, sino para fastidiarme. ¡Entonces el benefactor de la humanidad seré yo!

Uno – Claro… Bueno… Si eso también te hace sentir mejor…

Dos – Sí… Pero hay algo que me molesta.

Uno – La muerte de tu padre…

Dos – No, el hecho de que incluso si gano este juicio, él nunca lo sabrá…

Uno – Siempre es mucho más difícil vengarse de las personas que ya están muertas.

Dos – Sí… Y resulta muchísimo menos satisfactorio.

12. Aviso de paso

Un cartero va depositando libros en los buzones. Entra un vecino.

Inquilino – ¿Es que no sabe leer?

Cartero – ¡Claro que sé leer! ¿Y usted?

Inquilino – En mi buzón pone «NO PUBLICIDAD».

Cartero – ¡Pero esto no es publicidad! Soy su nuevo cartero.

Inquilino – ¿Ah, sí? ¿Y esto qué es?

Cartero – Es una nueva iniciativa del servicio de Correos. Ahora, con internet, tenemos que diversificar nuestras funciones…

Inquilino – ¿Y entonces?

Cartero – Como la gente ya casi no recibe cartas, hemos decidido repartir correspondencia que ya es de dominio público.

Inquilino – ¿Correspondencia de dominio público?

El cartero muestra lo que tiene en su bolsa.

Cartero – Clásicos de la literatura epistolar: «Cartas a un joven poeta», «Cartas persas», «Cartas a Lucilio»…

Inquilino – ¿Para qué?

Cartero – ¡Para devolverle un poco de magia al mundo! ¡Y también al servicio de Correos! La correspondencia tradicional prácticamente ha desaparecido. Muy bien: ahorramos papel y salvamos árboles. Pero la gente tampoco lee. ¡Y eso sí que es terrible!

Inquilino – Sí, claro.

Cartero – ¡La literatura es la memoria del mundo! Está muy bien proteger los bosques. Pero hay que proteger también nuestro verdadero tesoro: los libros, nuestro patrimonio cultural. ¿Sabe cuántas letras tiene el alfabeto?

Inquilino – ¿Unas veintisiete?

Cartero – ¿Se da cuenta?

Inquilino – ¿Qué?

Cartero – Con solo veintisiete letras, combinándolas, podemos expresarlo todo.

Inquilino – Sí…

Cartero – Y aun así, veintisiete son muchas. ¿Sabe qué lengua tiene uno de los alfabetos más cortos del mundo?

Inquilino – La verdad, no lo sé…

Cartero – El rotokas, que se habla en la isla de Bougainville, en el Pacífico. Su alfabeto solo tiene doce letras.

Inquilino – ¿De verdad?

Cartero – Doce letras para expresar todos los pensamientos humanos.

Inquilino – Fascinante… ¿Tiene alguna carta para mí?

Cartero – Diez cifras para comprender la mecánica del universo.

Inquilino – ¿Podría darme mi correo, por favor?

Cartero – Y siete notas musicales para componer toda la música del mundo.

Inquilino – O sea, que no hay correo…

Cartero – ¿Y qué quedará de todo esto dentro de miles de millones de años, cuando el Sol nos haya convertido en cenizas en su gran final?

Inquilino – No lo sé…

Cartero – Unos cuantos jeroglíficos grabados en piedras que todavía no se hayan fundido. Un puñado de palabras lapidarias, como en los albores de la escritura. Los primeros balbuceos de la humanidad serán también sus últimos suspiros.

Inquilino – Sí…

Cartero – Cuando desaparezca el servicio postal, los epitafios de nuestros antepasados sobrevivirán un instante, como un aviso de paso. Pero recuerde algo. *(Con solemnidad.)* Solo la música de las esferas nos sobrevivirá para siempre. *(Le entrega un CD.)* Tome… Una última carta. Esta es para Elisa.

El vecino toma el CD.

Inquilino – Gracias.

El cartero se aleja. El vecino lo sigue con la mirada, desconcertado.

Inquilino – No he entendido ni una palabra…

Se oye «Para Elisa», de Beethoven.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo 2023

ISBN 978-2-37705-939-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.